

poesía, en lenguaje vernáculo, improvisada pocas horas antes, «En fábula de mi lugar», que fué ruidosamente aplaudida.

La Revista, duró más de diez años, en la que la desaparición y las ausencias definitivas de muchos de sus fundadores, no pudieron contener, aunque, dejó, una estela luminosa y señaló una época, en la vida cacereña, como, después, en otros aspectos, EL NOTICIERO, que, en forma parecida, fundamos cuatro amigos; el primer diario que tuvo Cáceres, y que, durante más de veinte años, hizo campañas inolvidables, en favor de los intereses materiales y morales de Cáceres y su provincia, como la de las Hurdes, la del puente, sobre el Tajo, la de la dotación de agua potable, la de la Cantina Escolar, y tantas otras, que ahora continúan otros periódicos que le han sucedido, que siguen haciendo sonar el nombre de Cáceres, en las altas esferas, donde han de contar con él.

Y aquel transcendental despertar de la vida cacereña, puede afirmarse en justicia, contribuyó, en gran parte la «Revista de Extremadura», a la que, dignamente, siguió otra, «Alcántara», a la que vi nacer, precisamente, en Brozas, que, felizmente, aun vive bajo la dirección de Pedro Romero Mendoza, y en la que «pinchó» mi pluma en sus primeros números, y de la que he leído, con gran placer, algún que otro número atrasado que me envía uno de mis más cariñosos discípulos de aquellos tiempos.

Me dice mi mencionado y dilecto discípulo, Tomás Murillo, que Cáceres se ha transformado, en forma de que, si lo viera, no lo conocería, aunque yo sabía algo de ello, cuando me enteraba de sus Congresos Pedagógicos, Regionales, Económicos y Agrarios, de sus concursos literarios, de la publicación de libros de aquellos incipientes, como Juan Luis Cordero, el mencionado Pedro Romero, etc., todo ello, fruto de la semilla fecunda que unos cuantos entusiastas que sembramos y que una generación, cacereña, cien, por cien, cultivó acuciosamente con los bríos de su inteligencia y de su juventud, borrando una época de inercia, cuyo recuerdo se ha ido esfumando, para bien y honor de todos.

Y esta es, en cuatro plumazos escritos por un nonagenario, la historia de aquella gloriosa publicación, relatada a unos miles de kilómetros de distancia por el más modesto redactor de los redactores y fundadores de «LA REVISTA DE EXTREMADURA» a la que, el destino ha dispuesto que la recordásemos Tomás Murillo y yo, desde esta tierra distante, que no ha menguado, en lo más mínimo, mi cariño a esa otra tierra bendita, donde nacieron mis hijos y duermen el sueño eterno, parientes míos y entrañables amigos, cuyo recuerdo no me abandona nunca.

MANUEL CASTILLO

México, Octubre 1960.

## HONORARIOS

—Hay que pagar, madre, al Maestro:

Que la semana ya pasó.

—Le pagaremos, hijo mío,

pues para eso trabajó,

¿Qué te ha enseñado en estos días?

—Que sea un esclavo de mi honor.

—Bien se desvela. Sí, mi vida,

anda a pagarle su lección.

—Hay que pagar, madre, al Maestro;

que la semana ya pasó.

—Le pagaremos, hijo mío,

pues para eso trabajó.

¿Qué te enseñara en estos días?

—Que te ame mucho.—¡Oh buen señor!

¡Cuánto se afana! Sí, mi encanto,

¡corre a pagarle su lección!

—Hay que pagar, madre, al Maestro;

que otra jornada ya pasó.

—Le pagaremos; es muy justo,

pues para eso trabajó.

Y en estos días, ¿qué te dijo?

—Que fuese bueno y ame a Dios.

—Ah, hijo del alma, hoy no hay dinero

para pagarle su lección!

—¿No somos ricos, por ventura?

—Para saldar tal deuda, no.

—Pues, ¿tanto suma?—¡Oh! Quien la adquiere,

es para siempre ya deudor.  
 —No lo comprendo, madre mía.  
 —Es natural tu incomprensión.  
 Para esas cosas, todavía  
 tienes dormido el corazón,  
 Irás creciendo. Y a medida  
 que el capullito se haga flor,  
 irá aumentando en él el debe  
 de tan fructífera lección.  
 Y cuando el grano se haga espiga  
 de tu existencia en derredor  
 y recolectes en venturas  
 lo que a los buenos guarda Dios,  
 prorrumpirás una y mil veces  
 lleno de místico fervor:  
 —¡Qué bien me hicieron tus palabras!  
 ¡¡Cuánto te debo, Sembrador!!

Vicente NERIA



## IDEARIO EXTREMEÑO

En ninguna otra cosa resplandece tanto la incomparable belleza de las soluciones católicas como en su universalidad, ese atributo incommunicable de las soluciones divinas. No bien es aceptada una solución católica, cuando luego al punto todos los objetos antes oscuros y tenebrosos se esclarecen, la noche se torna día y el orden sale del caos.—DONOSO CORTES.

### UN CINCUENTENARIO:

## Carolina Coronado

EL cincuentenario del fallecimiento de Carolina Coronado y Romero de Tejada brinda la mejor oportunidad para hacer un estudio, aunque sea somero, de la culta, tierna, exquisita y eminente poetisa romántica que, a su arrogancia y hermosura, acompañó la más fecunda inspiración en su larga existencia.

He aquí una ligera semblanza de la egregia personalidad que brilló como astro de primera magnitud en el firmamento lírico del siglo XIX y parte de la actual centuria.

Almendralejo — la populosa capital de los Barros, donde vió la luz primera el gran poeta José de Espronceda, el vate más romántico y de inspiración más tempestuosa que ha tenido España — se enorgullece de que en su seno naciese el día 12 de Diciembre del año de gracia de 1823 Carolina Coronado — que — a los cuatro hubo de trasladarse con su familia a la antigua *Pax Augusta* —, muy pronto conocida por su sentido plectro y su fina sensibilidad. Bien se confirma en ella la conocida expresión de que «el poeta nace». Cuando apenas contaba diez años escribió un epitafio a la muerte de una alondra, y cuando se asomaba a la juventud publicó una composición que su inspirado coterráneo, el autor de «El estudiante de Salamanca», dijo que «era música de la inocencia». La vocación poética — clara, vigorosa, ardiente — de la que con razón ha sido llamada la «Safo extremeña», no pudo brotar más pronto.

Se ha afirmado por algunos escritores que Carolina no tuvo cuidada formación, y ella misma dejó constancia de haber estudiado sólo «las ciencias del respunte y el bordado del encaje extremeño que, sin duda, es tan enredoso como el código latino...»

Muñoz de San Pedro — escritor tan documentado como ameno —, con el relato directo que le proporcionó su tío Pedro María Torres-Cabrera y González de la Laguna, casado con Matilde, hija menor de la poetisa, afirma: «doña Carolina fue inteligentísima, culta, de gusto exquisito y de una belleza y arrogancia deslumbradora. Hablaba francés, italiano, inglés y portugués. Su auténtica femineidad, su trato agradable y su charla amena estaban levemente ensombrecidos por un carácter, aunque bondadoso, autoritario y dominante, con el cual manejó siempre a cuantos le rodearon», palabras con las que el Conde de Canilleros y de San Miguel traza un ajustado retrato de la fina mujer extremeña, que, cultivadora asimismo del periodismo, su nombre se hizo famoso al abundar su firma en los diarios de España, Cuba y Estados Unidos.

Su rápida celebridad se vió robustecida por el infundado rumor de su fallecimiento — en verdad sufrió un ataque calaléptico — que ocurrió en 1844, dedicándole con tal motivo sentidos recuerdos, periodistas, escritores y literatos, homenajes y pruebas de admiración que sorprendieron a la causante en el campo. «Llovieron sobre su supuesta tumba torrentes de floridas alabanzas».